

Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 25 (1998)
Heft: 4

Artikel: Segunda Guerra Mundial: la defensa nacional mental : glorificación de la Patria
Autor: Baumann, Alice
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-908867>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

Download PDF: 15.03.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

Segunda Guerra Mundial: la defensa nacional mental

Glorificación de la Patria

La vivencia fundamental presentada en la exposición nacional de 1939 a la generación de la guerra fue programada por un hombre amigo de las ideas fascistas. Con esta tesis un periodista acaba de causar un escándalo.

Han sido pocos los acontecimientos que han influido de manera tan fundamental sobre la generación de la guerra y el desarrollo mental y político de Suiza hasta fines de la Guerra Fría, como lo hizo la exposición

Alice Baumann

nacional de 1939. El presidente federal Etter en el libro «Landibuch» (Atlantis 1940), comentó posteriormente al respecto que se trató de un «Santuario Nacional» y que fue una «responsabilidad patriótica» visitarlo.

Al contrario que la exposición de 1914 ubicada en Berna, que fue una mezcla de feria de muestras, fiesta de tiro patriótica y consagración eclesiástica, la feria nacional de 1939 llevada a cabo a orillas del lago de Zurich, se presentó como un acontecimiento educativo e ideológico organizado por temas. Las empresas que expusieron sus productos no pudieron hacerlo bajo su propio nombre sino que tuvieron que ceñirse a un concepto que (como se explicó en la guía oficial de la exposición) debía demostrarle «al pueblo suizo y a los extranjeros de manera impresionante y fácil de entender lo que podemos y lo que deseamos hacer». Concretamente: «uno de los objetivos principales de esta manifestación nacional es convencer al pueblo suizo de su valor moral y de su eficiencia». El efecto de la «Landi» en cuanto a la autoestima de los suizos fue correspondientemente grande.

Como esto lo sabe todo el mundo, queda muy claro. Pero Charles Linsmayer, redactor del diario bernés «Der Bund» ha desatado una ola de protestas verbales y de furiosas cartas a la redacción con sus relatos más concretos. En su artículo, que cubrió 3 páginas del

periódico y que está lleno de citas, demuestra el fondo de la «Landi» y de su «padre» que fue arquitecto y político. Linsmayer postula que Armin Meili no sólo gozó de fama como «héroe nacional», sino que poseyó «plenipotencia parecida a la de un dictador».

¿Vacuna nazi?

Linsmayer (en su calidad de investigador de gran perseverancia) descubre que al contrario de la creencia tradicional según la cual Meili es el creador de una potente posición patriótica en contra del nazismo, la «Landi» de Meili posiblemente no sirvió de antibiótico para luchar contra el virus, sino que fue «una especie de antídoto contra del veneno peligroso con el que vacunó al organismo mismo». Basa su crítica en los argumentos provenientes de la boca y de la pluma de Armin Meili, que son idénticos a las teorías racistas de los nazis alemanes y de los fascistas italianos.

Glorificación de las ejecuciones

Además, las citas de Meili están imbuidas de declaraciones de amor a la patria y de juramentos de lealtad. Sus exposiciones sobre la defensa nacional asustan a más tardar en el momento en que Meili subraya que la introducción de la pena de muerte fue el remedio singular, recordando que «fue necesario ejecutar a unos 14 traidores a la patria». Meili se imagina a la Suiza ideal como país limpio y ordenado en el que reina el acuerdo ideológico.

Meili, quien fue subteniente de artillería con cuerpo y alma, sintió «gran emoción» cuando estalló la Primera Guerra Mundial. Cuando visitó al ejército alemán en 1929, reconoció que: «en ninguna otra parte del mundo se lleva a cabo con tanta eficiencia y sabiduría el arte y el manejo de la guerra»; además describió su bienestar entre los soldados profesionales. Desde el punto de vista de hoy, la opinión que Meili tenía de las mujeres también era muy reaccionaria. Linsmayer hasta la compara con el ideal de los nazis. Toda mujer que no era «una mujer joven, inmaculada, de cuerpo de seda rubio» corría el peligro de que el di-

rector de la «Landi» la llamara «tipeja», «vampiro», «marisabidilla» o «solterona inactiva». Sostuvo la opinión que una mujer deseaba «ante todo ponerse al amparo de un hombre fuerte», que «todos los dichos sentimentales eran pura mentira» y que el designio principal de la mujer es «proporcionarle al hombre una vida amena».

Entre más de pura raza, mejor

Meili, que le dedica unas 130 páginas de su autobiografía a elogiar a sus antepasados, sintió gran orgullo por ser el hijo de una familia «que no tuvo nada que ver con la emigración de los pueblos y que aún hoy vive en el ámbito de la montaña Pilatus». Estaba convencido de que su sangre era «completamente aria» y jamás se cansó de llamar a los franceses «galios», de describir las caras de los generales rusos como «jetas acalcinadas y semiasiáticas» o de describir a los mejicanos como «mestizos de origen ario impuro». Las personas de tez negra le recordaban a las focas.

Cuando Armin Meili rechazaba claramente a colaboradores y compatriotas – entre ellos al genio suizo de la arquitectura, Le Corbusier, – lo hacía porque consideraba que, o bien eran de raza impura o no tenían patria: «aún bajo el peligro de que piensen que pertenezco a las personas de pequeño espíritu, me aferro con ambas manos a la tierra de mi patria». Esta actitud fue parte de su defensa nacional mental.

Por eso no sorprende que un nazi alemán después de haber visitado la «Landi» le susurró: «Usted ha hecho esto muchísimo mejor de lo que nosotros jamás hubiéramos podido hacerlo con nuestra propaganda política.» Para la mayoría de la gente de ese entonces este aplauso vino del lado incorrecto porque consideraban a la «Landi» como «techo idílico y fácil de entender» sobre Suiza que servía de «defensa cultural y política contra el totalitarismo extranjero mientras que subrayaba los valores nacionales», según lo expresa el historiador Hans Ulrich Jost en su obra «Historia de Suiza y de los Suizos» (tomo III, página 131). ■

